

COSAS DE ALDEANOVITA: Mi primer exilio

Para mi sobrino Fernando por lo bien que lee
y porque el niño del cuento tenía su edad.

... Después vinieron más, muchos más. Pero el primero ocurrió cuando murió “Ramillete” en la casa de *Triana*, un buey grandote y pacífico que hacía una excelente yunta con “Belmonte”. Una tarde se tragó un trozo de hojalata que le cortó la garganta. Mi abuelo le sacó de la cuadra para que no le viera “Belmonte”, su inseparable compañero, y le metió en otra con paja seca y nueva por alfombra. Un río de sangre manaba de la boca y dejaba los enormes ojos vidriosos y opacos. Por la noche, tirado a lo largo de la cuadra, no dejó de mugir; cada vez con menos fuerza. La barriga se le iba hinchando y parecía que iba a explotar de un momento a otro. Ocurrió en los tiempos en que mi abuelo me decía que los pinos que acababa de sembrar en *La Hacilla* serían para mí cuando fuese mayor. Entonces, el niño se preguntaba qué había que hacer para ser mayor, cómo se hacía la gente mayor. “Abuelo, ¿cómo se ha hecho usted mayor?”. Y uno de aquellos días en que me tenía cabalgando en el caballo de sus rodillas me dijo “mañana te vienes conmigo a un pueblo a vender unos *malandares*. ¿Quieres? Llevamos la burra y una cuartilla de centeno. ¿Te quieres venir con abuelo?”. Eran también los tiempos de “los coches de punto” y “del tío de la sangre”, y teníamos que llevar los guarrillos andando hasta Mohedas, que para el niño aquel era otro mundo, ancho y ajeno, porque el mundo de aquel niño era la plazoleta de *Triana*, “El cuarto del horno” y el amplio corral de la “Casa Vieja”, adonde acudían todas las mujeres a buscar el pan, y “tío *Cabezahierro*, por las tardes, con un montón de dicharachos y dejes de habla antigua. También acudía, atardecido, “tío Porfirio”, con su barba blanca, su zurrón pastoril a la espalda y una perrilla con lunares como la luna entre su pelaje. En verdad, “tío Porfirio” es el único santo varón que he conocido en mi, ¡ay!, ya largo caminar. Y todas las noticias del pueblo, y aún de los pueblos cormanos, venían “al cuarto del horno” antes que a ningún otro sitio de Aldeanovita, Aldeanovita la bien nombrada.

El niño, por aquellas fechas, ya había traspasado las amplias barreras del *Castrejón*: también el abuelo le había llevado hasta *Mirabella* subido en un carro para buscar cantos para la casa de la carretera. “¿Qué pueblo es ese que se ve entre ese color azul” y debajito de la sierra?, había preguntado. “Muhedas”, le dijo el abuelo o uno de sus tíos. Desde “*Mirabella*” el niño vio una laguna habitada de ranas y sapos, de la que salía una calleja que llegaba hasta las puertas de Mohedas; y desde *Triana* el niño había ido al “Pozo Arriba” y le habían dicho cuál era la “Calle Monedas”. Por tanto, irían desde *Triana* por la calle “de Mohedas”, cruzarían la carretera por las eras de “tío Pacorro” y, por la calle que sale de “el Calvario” y da con las eras “de Fausto”, cogerían la “Calle de los Cantos” hasta “el Arenal”. Y allí se entraba en campo abierto, de modo que varios *malandares*, montados en un trote incansable, podían coger una dirección equivocada y mi abuelo habría de salir detrás de ellos para corregir su error; y otros, caprichosamente, darían en correr detrás de otra dirección que llevaría... ¡Sabe Dios adónde llevaría esa dirección que debía coger el niño persiguiendo a los dichosos *malandares*!

... Pero lo que quitó el sueño al niño aquella noche fue reparar en que la “Calle de los Cantos” desemboca en la carretera, polvorienta y con grava suelta y, prácticamente, deshabitada. Y esto retrasaba el sueño del niño la noche antes y le desalentaba doblemente, porque eran los tiempos de “los coches de punto”, “del tío de la sangre” y “del tío del saco”. Así pues, un coche cualquiera, lejano y solo, podía espantar a los andarines *malandares* a los que, en primer lugar, perseguiría el abuelo; mientras, el niño quedaría sólo en plena carretera expuesto al inoportuno “coche de punto” que se llevaría al niño indefenso para sacarle, luego, la sangre. El niño rogaba también para que, al llegar a la doble puerta del cordel, los *malandares* continuaran la línea recta trazada por la carretera y dieran cuanto antes en los llanos de “Mirabella” y la laguna, habitada de sapos y ranas, cantores del sol y de la luna. Desde allí, se abre la calle que lleva a los adentros del pueblo, y el camino ya estaba hecho. Y parecía que el sueño ganaría la baza, al fin.

Pero, ¿y si daban los cochinos en emprenderla por calles distintas del pueblo y, persiguiéndolos, el niño se extraviaba entre gentes extrañas? ¿Y si las gentes aquellas daban en... sabe Dios en qué cosas contra el niño...? Y el sueño volvía a alejarse asustado y asustadizo. Luego, sin saber cómo, llegó, porque el abuelo le despertó muy de mañana.

Y saliendo el sol, la emprendieron por la “Calle Mohedas” y el camino prefijado por el niño que, a ratos, hizo caballero en la pacífica *Llanera* y otros, detrás de los *malandares*. Y llegaron al “Arenal”, y los veintitantos *malandares* se entretenían entre escondidas raíces y algunas bellotas que aún no habían acabado de podrirse. Por allí, afanada en arañar una lata de arena a la piedra arenisca, estaba María *la Solanera*, y se alegró el niño con su compañía. Más adelante, los *malandares* intentaron desviarse por el brazo derecho del cordel, pero sin problemas el abuelo los enderezó la ruta; y en la *Laguna* dieron en revolcarse en el fango cenagoso de las aguas de no grato olor. “Déjalos que se refresquen”, dijo el abuelo entre los gritos ensordecedores de las ranas. Una de ellas tenía como un racimo de uvas entre las ancas y miraba fija desde sus ojos saltones. Algún intento mal intencionado contra la ruta trazada hicieron los *malandares* entre las calles del pueblo; pero llegamos a la explanada terrosa de *la Cañaílla* y los cerdos corrieron hasta el agua rebosante del pilón, y el abuelo se apresuró a esparcir unas latas de centeno por la fachada de la casa “del rey Baltasar”, al tiempo que los llamaba con dos o tres gritos repetidos. Y allí acudieron todos, al trote y gruñendo algo consabido.

Y, al poco, empezaron a acudir hombres. Y el niño se sentía orgulloso porque todos hablaban con el abuelo; y, luego, más hombres. Y, al rato, empiezan a dar voces, y a cogerse del brazo cuando uno parecía que se iba y no quería continuar riñendo. Otros hombres parecen intervenir para que no se peguen... Al final, se dan la mano y “trato hecho”. “Y yo me llevo otros cuatro; yo, dos. Apárteme cinco”. Allí había seis u ocho hombres y todos querían llevarse al abuelo Víctor. “Mira, hijo. Voy a ayudar a estos hombres a llevar estos guarros que hemos *vendío* a su casa...”

-¿Y me quedo yo solo?

-Tardo poco. No te preocupes.

-Vete, *Vítor*, que cuando traspongas esa esquina, me llevo todos los guarros y no te los pago –dijo un hombrón forastero de ojos azules.

-Vete, *Vítor* –dijo otro, que el muchacho se viene conmigo de zagal...”

El niño se agarró con fuerza a la pierna del abuelo diciendo que él no se quedaba.

-Además, y si unos guarros se van por una calle y otros por la contraria, ¿por cuál me tiro? ¿Y si se pierden y yo con ellos? –argumentaba el niño lleno de razón y miedo.

Y aquellos hombres dijeron muchas más cosas para atemorizar al niño, mientras se mostraban incapaces de liar el cigarro de tanto como reían. Al fin, el niño se quedó con una lata llena de centeno para esparcirla por el suelo cuando viera la más mínima intención de huida en los *malandares* que quedaban a las puertas “del rey Baltasar”. Y se alegró mucho el niño porque, al poco de quedarse solo, llegaron dos hombres preguntando por el abuelo. El niño les dijo que los guarros que veían estaban sin vender. Cuando el abuelo llegó, se chocó las manos con estos hombres y se llevaron los seis u ocho traviosos *malandares* que quedaban. Luego, acudieron los hombres a la taberna y convidaron al niño a *alcagüeses* y, ¡ay, a *bolitas de a perra* a *bolitas de anís* de todos los colores, de manera que el niño se entretenía en componer todas las diademas del arco-iris.